

Primer Premio Universitario de Relato Ultracorto

Dentro de las actividades conmemorativas del décimo aniversario de su creación, la Escuela Universitaria de Estudios Sociales convocó el Primer Premio Universitario de Relato Ultracorto, al que podían optar todos los estudiantes de la Universidad de Zaragoza.

Los relatos debían escribirse en una sólo hoja y en un tiempo máximo de una hora. El tema era libre pero todos los relatos debían comenzar con la frase «Diez años después».

El certamen contaba con un primer premio de 25.000 pesetas, un segundo premio de 10.000 pesetas y un tercer premio de 5.000 pesetas, pudiéndose otorgar hasta tres accesits.

Previa inscripción, el día 13 de marzo concurrieron sesenta universitarios de Filología Hispánica, Inglesa y Francesa, Trabajo Social, Relaciones Laborales, Historia, Ciencias Químicas, Biblioteconomía y Documentación, Ciencias Económicas y Empresariales, Ingeniería Técnica Industrial, Derecho, Centro Politécnico Superior, Educación Especial, Veterinaria, Terapia Ocupacional, Medicina y Magister de Estudios Sociales Aplicados.

El jurado, integrado por Doña María Teresa Cacho Palomar, Don Ramón Acín Fanlo y Don José María Nasarre Sarmiento, reunido el día 19 de marzo acordó otorgar el primer premio al relato titulado «La Chienlit» que correspondía al lema «José Carlos Jhonson», el

segundo premio al relato sin título que correspondía al lema «Remoto», el tercer premio al relato titulado «Algo así como Aleph» que correspondía al lema «Aleph» y un único accésit al relato titulado «Marilyn Monroe» que correspondía al lema «Seat 1500».

Abiertos los sobres que contenían la identidad de los concursantes, los nombres y apellidos de los premiados fueron los siguientes:

Primer premio:

FRANCISCO RAFAEL AGREDA MARTÍNEZ.

Segundo premio

FERNANDO BLASCO PÉREZ.

Tercer premio

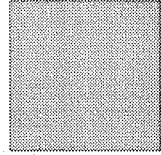
MARÍA ARNEDO MARTÍNEZ.

Accésit

OSCAR SIPÁN SANZ.

La revista «Acciones e Investigaciones Sociales», publica los cuatro relatos en el número que coincide con el décimo aniversario de la creación de la Escuela Universitaria de Estudios Sociales.

Primer Premio: La chienlit



Francisco Rafael Agreda Martínez
Estudios que cursa
Geografía e Historia

Diez años después de la misteriosa y muy comentada desaparición de «La chienlit» de su rincón preferente en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el cuerpo de Beth se tostaba al sol junto a una enorme piscina en forma de pera mientras paladeaba un sabroso batido recién hecho (con helado y leche, todo de primera calidad). Dejó junto a su tumbona la copa, todavía no vacía del todo, y se recostó pensando en lo bien que se estaba allí, lejos de la gente y de los problemas del mundo. Cerró los ojos y se concentró en la música que salía del enorme equipo de música que tenía en la casa, y que había puesto a toda potencia para poder escuchar desde la piscina. De repente, la música cesó. Beth se sobresaltó, y se incorporó rápidamente para ver quién había irrumpido en su casa y había parado la música. Ante ella pudo ver una figura conocida en cuya mano había una pistola que apuntaba directamente hacia su cabeza.

Flashback

Un terrible incendio había arrasado el hotel. Los bomberos hacían lo que podían, pero las llamas se extendían todavía por la mayor parte del edificio. El ruido de las sirenas de las ambulancias zumbaba en los oídos de todos los que estaban allí, ante el hotel, asustados y estupefactos, felicitándose de haber podido salir vivos de aquel infierno. No todos habían tenido esa suerte, habían muerto casi cuarenta personas.

Dale se volvió hacia Eddie, que, a pesar de estar borracho, había podido salir de allí con sólo unas quemaduras leves.

—¿Dónde está el cuadro, Eddie?

Eddie balbuceaba cosas que Dale no podía entender, pero temía lo que significaban. Le repitió la pregunta. Eddie lloraba. Betty, su novia, había muerto en el incendio, o al menos eso decía. Dale le agarró del cuello y le levantó en el aire, dejando salir toda la tensión acumulada y sin importarle demasiado la presencia de la policía a escasos metros.

—¡Escúchame, borracho hijo de puta! ¡Dime dónde está el cuadro o te juro que te abro la cabeza!

Eddie pareció reaccionar.

—¿El... el cuadro? ¡Lo tenía arriba! ¡Lo estaba guardando, Dale! ¡Dios mío! ¡No había pensado...! ¡Lo siento...! Yo...

Dale le soltó y se sentó en el suelo, totalmente derrumbado, y sin hacer caso a las inútiles disculpas de Eddie. Qué más daba.

Además, Eddie también estaba derrumbado. Realmente amaba a aquella chica. Al día siguiente fueron juntos a identificar sus restos. Estaba totalmente carbonizada, pero pudieron hacerlo gracias a sus ropas. Eddie no dejó de beber en dos meses, hasta que decidió poner remedio a su alcoholismo tirándose desde un rascacielos. Dale, por su parte, no sabía qué hacer. Para él, el robo de aquel cuadro no era sólo un negocio redondo, sino su propia manera de hacer arte. Entrar en uno de los museos más vigilados del mundo y robar la pieza más valorada, eso era para él llegar a la cima, culminar las carreras que ya ninguna otra proeza que pudiera realizar haría subir más alto. Y se había visto derrotado por un incendio.

Se preguntó cómo habría empezado el fuego. Y decidió investigar por su cuenta qué había pasado. La investigación oficial había concluido con que había sido un incendio provocado, pero no había averiguado por quién. Dale decidió dedicar su vida a encontrar a aquél que le había privado de su gran triunfo.

Pero necesitaba dinero para vivir mientras tanto. Y así, mientras por un lado investigaba a los incendiarios de todo el país, aceptaba por otro lado encargos de siniestros coleccionistas de arte para conseguirles obras que los dueños no se mostraban dispuestos a vender. Una vez logró un cuadro tan bueno que el coleccionista no sólo le pagó más de lo convenido, sino que le invitó a ver su colección. Y como Dale, en el fondo, era un amante del arte, aceptó encantado. Y allí fue donde, entre un cuadro abstracto horrendo y uno neorrealista, lo vio.

El cuadro

«La chielit», de René Jeurechamp, óleo sobre lienzo de 200 x 170 cm. Obra naestra de su autor, un joven pintor maldito que murió muy joven por sobredosis de heroína y que fue descubierto al salir a la venta sus obras tras su muerte. Genial mezcla de los valores pop, el cubismo y el surrealismo, con una estructura piramidal muy original y un trazo fino y cuidado con una pincelada suelta magnífica.

El final

(La misma escena inicial, junto a la piscina. Beth, en bañador, se levanta de su tumbona y retrocede hacia una mesita de jardín que tiene cerca. Dale empuña la pistola y se acerca con gran serenidad)

DALE: Localicé el cuadro, por casualidad... Y lo entendí todo. Habías huído con él y lo habías vendido. Seguramente lo habías planeado todo. Nunca pensé que pudieses matar a tanta gente para cometer un simple robo.

(Beth retrocede, tiende la mano hacia la mesita. En ella hay una caja en la que guarda una pistola. Necesita hablar, entretener a Dale para poder cogerla. Habla con voz temblorosa)

BETH: Sí... Sí, yo lo hice. Yo provoqué el incendio para poder llevarme el cuadro sin que me buscárais.

DALE: ¿Y tu cadáver?

BETH: También lo preparé. Era una camarera estúpida de ese hotel. La dormí y le puse mis ropas. Luego me aseguré de que no fuera reconocible.

DALE: ¡Monstruo!

BETH: ¿Yo monstruo? (Ríe. Su mano levanta con cuidado la tapa de la cajita, Dale no se da cuenta, turbado por la actitud de Beth) ¡Y tú, estúpido! ¿Acaso creías que este negocio puede realmente compararse a un arte? ¡Mira a tu alrededor! Yo he vivido mucho más con un sólo golpe, aunque murieran muchos, que tú con toda una vida de arte. ¡Te crees grande, y no vales nada! ¡Eres escoria, tanto como yo!

DALE: (Tembloroso) ¿Y qué dices de Eddie?

BETH: ¿Eddie? ¡Un idiota! ¡Un borracho! ¿También vas a decir que es un artista? ¡Ja! ¿Y ahora, qué vas a hacer?

(Dale levanta su arma y apunta a Beth)

DALE: Voy a acabar con una mala obra.

(Beth, riendo cínicamente, levata la mano y muestra una pistola. Apunta a Dale)

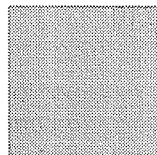
BETH: No te atreverás, Dale. Eres un artista. Yo, en cambio, no tengo tantos problemas para matar.

DALE: Te equivocas.

(Suena un disparo)

FUNDIDO A NEGRO

Segundo Premio: Sin título



Fernando Blasco Pérez
Estudios que cursa
Filología Hispánica

Diez años después fue cuando Gilles reunió valor y cordura para escribir en su celda blanca quizá el motivo de su locura. Y no es casualidad que yo, eterno vigilante de las desdichas humanas, haya rescatado del can del olvido sus palabras para tí.

Todo sucedió un extraño día, cuando Gilles, acaudalado empresario casado y con un hijo, recibió un no menos extraño telegrama citándole tras una apresurada «SALUDATIO» a medianoche de ese mismo día en el cementerio de la ciudad. La firma correspondía a E. Benton. Si mal no recordaba, Benton fue un compañero de estudios; sí, aquel tipo raro e introvertido que siempre rondaba por hospitales y velatorios. ¿Qué querría? ¿Por qué lo citaría? Es curioso observar cómo la curiosidad hace estallar sus huevos dando a luz una criatura insaciable de infomación, ver cómo va dominando tu pensamiento hasta que tu propio cuerpo le obedece. Así, Gilles, entre dudas y deseos, acudió a la cita.

Sí, seguro que era él, extremadamente delgado, blanco como las estatuas sepulcrales de su alrededor y con una mochila a la espalda. Gilles, nada más verlo, supo que ese hombre estaba a otro nivel, que había vivido incontables e inenarrables aventuras de horror. Hablaron. Benton se mostraba terriblemente excitado, con la avidez propia del coleccionista que está a punto de completar su colección pero que aún tiene que esperar un poco. En lo grotesco de este planeta, de este continente, país, ciudad, cementerio, ambos se sentaron en la losa de una antigua tumba de suelo. Allí, Benton confesó que su atracción

por lo esotérico y por la muerte le había obsesionado tanto que recorría países y países en busca de información, de sucesos. Sus últimas pesquisas se centraban en no sé que «puerta de acceso cósmica» buscada desde tiempo, inmemorables por seres totalmente anónimos. Bebiendo el polvo de libros prohibidos escritos con sangre en tiempos remotos, llegó a una conclusión, a una concreción, a un nombre: Amrail Nymrod.

Benton: «Y esta —dijo señalando su grotesco asiento- es su tumba.»

Benton temblaba de emoción, sus palabras se entrecortaban por una fuerza desconocida que le oprimía el pecho.

Benton: «Y esto —abriendo la mochila- es dinamita. Dinamita para sellar de una vez la puerta hacia lo innombrable, hacia las cavernas de la humanidad.»

El plan sería pues levantar la losa sepulcral y mientras Benton bajaba a poner cargas de dinamita en el túnel, Gilles esperaría fuera. Gilles, arrastrado por una extraña sensación de complicidad, se comprometió a ayudar. Estaba aterrado. Ambos levantaron la pesada losa sorprendiéndose de que pese a su antigüedad no les costó mucho tiempo.

Benton: «Hay que apresurarse, esto nos demuestra que está muy transitada».

El olor era nauseabundo y la oscuridad tan dura como apesetosa.

Benton: «Voy a bajar; quien sabe los horrores que me esperan, pero lo hago no por la humanidad, sino por el egoísmo de mantener oculto lo que sólo unos pocos conocemos. Tú te quedarás aquí. Toma esta carga de dinamita. Si no aparezco en diez minutos, tírala al túnel, tírala aunque yo esté dentro. ¿Lo harías? Es vital que lo hagas, si no nada de esto tendría sentido».

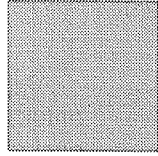
Gilles tenía tanto miedo que asintió. Vió cómo su antiguo conocido se imbuía en la pavorosa oscuridad, cómo el acre olor le iba estirando hacia abajo. La última mirada de complicidad y luego los segundos, los minutos que se estiraban infinitamente antes de ceder, romperse y pasar, así, fluyendo angustiosamente, como fluirían para Orlando, o para D. Grey.

De repente en la nefanda oscuridad, en el abominable e indescansable silencio un grito suma de todas las angustias terrestres y estelares. ¡TIRALO GILLES! Una voz desesperada atravesando el portal de la ultratumba. Gilles quedó dudando.

Sabía que lo tenía que hacer pero no podía. Esperó hasta el último momento, hasta que algo le avisó de que no podía dilatarlo más, y entonces, en ese instante justo antes de la explosión, Gilles vio algo, algo de otro mundo, algo apestoso y desconocido, quizá algo de blandura sobrenatural, quizá vio la nada misma o el esqueleto del mundo. Pero en ese momento, el puente de su cordura se rompió, se rompió en diez pedazos, en diez años.

Porque es el tiempo un ovillo enmarañado de segmentos y el espacio un naipe al viento, porque bebiendo el viento que precede a la dulce noche, muchos como Gilles, Benton y yo, sabemos que no estaríamos a gusto en ningún tiempo ni en ningún espacio de las eternas coordenadas habiendo visto lo incognoscible.

Tercer Premio: Algo así como el Aleph



María Arnedo Martínez
Estudios que cursa
Filología Hispánica

Diez años después (sé que es mucho tiempo) me convierto en un ángel.

«Un día de estos, de tanto desearlo, me van a salir alas», pensaba.

«Y entonces me iré volando volando hasta el Cielo de esta Ciudad-Sin-Nombre». Y de hecho, eso fue lo que pasó.

Diez años... no sé por qué tanto tiempo. Pero supongo que la espera ha merecido la pena.

Por las noches me dedico a sobrevolar el Cielo vacío de esta Ciudad-Sin-Nombre.

Desde aquí arriba puedo percibir lo más grande y también lo más pequeño. Las bombillas fundidas en los cuartos oscuros, la pintura desconchada, esa colilla mal apagada, el café derramado de ayer por la mañana... y también la inmensidad de los océanos, y todas y cada una de las olas, y en cada ola, los infinitos granos de sal, y hasta el cloruro y el sodio, y de nuevo la sal, las olas, los océanos, el planeta, el Universo entero... Es algo así como el Aleph de Borges, supongo, esa historia que te gustaba tanto. Nada más que yo lo llevo aquí, dentro de mi pecho, lo noto entre las costillas...

En las noches vacías de esta Ciudad-Sin-Nombre también me dedico a vigilar los sueños de las gentes. Y veo los cuerpos lechosos y tibios de los niños pequeños, los cuerpos de los adolescentes sin sueño, los cuerpos de los hombres grises que miran al techo con ojos abismales preguntándose cómo cuándo por qué empezó todo y no hallan respuesta y en la almohada dejan el rastro salino de un sudor tan gris como ellos.

Velo también por tus sueños, para que las cosas feas no los enturbien. Desciendo torpemente hasta la ventana y espero paciente en el alféizar a que todo se acabe (ya la noche se resquebraja y aparece la mañana por el Este...). Alguna vez he dejado una pluma gris sobre tu alféizar, pero ni te has dado cuenta. Qué estúpido, cómo ibas a pensar que era una pluma del ala de un ángel.

Sé que lo de juzgarme a mí mismo como un ángel puede resultar pretencioso pero es que no soy uno de esos ángeles como los que me contabas que veías en tus sueños, de piel transparente y pubis dorado, no qué va. Mis alas están sucias y raídas. Huelo a alcohol y a cemento. Soy un ángel urbano. Me despierto con resaca. Me mareo cuando vuelo. Y hasta llevo barba de varios días. ¿Has visto alguna vez un ángel con barba? Pues yo seré el primero. Está bien, quizá no sea un ángel. Tal vez sólo un estúpido borracho al que tras diez años de espera le han salido alas. Alas y un inmenso agujero negro en medio del pecho.

Diez años queriéndote... no sé por qué tanto tiempo. Y a veces me pregunto si la espera ha merecido la pena.

«Un día de estos, de tanto desearlo, me van a salir alas», pensaba a menudo. Y de hecho, eso fue lo que pasó. Lo que yo no sabía es que también un abismo inmenso —algo así como el Aleph— iba a salirme dentro. Un terrible abismo en el que todo tiene cabida. Lo más grande y lo más pequeño. Mi soledad y la de las gentes. La ausencia y la presencia de todo, y de nuevo la ausencia, la ausencia...

